

OLIVER PÖTZSCH

EL LIBRO DEL SEPULTURERO

Misterio, venganza y muerte en la Viena de 1893



 Planeta

OLIVER PÖTZSCH

EL LIBRO DEL
SEPULTURERO

Traducción de Héctor Piquer Minguijón

 Planeta

Título original: *Das Buch des Totengräbers: Ein Fall für Leopold von Herzfeldt*

© by Ullstein Buchverlage GmbH, Berlin. Published in 2021 by Ullstein Paperback Verlag

© por la traducción, Héctor Piquer Minguijón, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2022

ISBN: 978-84-08-26250-3

Depósito legal: B. 12.747-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

I

Viena, noche en el Prater, octubre de 1893

El potente haz de la linterna de petróleo se movía a tientas en la noche como un tentáculo fino y alargado. Su sigiloso revoloteo atravesó arbustos y árboles, recorrió un par de puestos de salchichas y tiouvivos en la lejanía, palpó la elevada cúpula de la Rotonda y la pared trasera de un colorido teatrillo de títeres de cachiporra y se detuvo finalmente sobre la berlina de caja negra que se aproximaba desde el Prater a gran velocidad. El cochero refrenó los dos caballos y el carruaje se detuvo con las ruedas rechinando sobre la avenida principal del parque. Con una sonrisa burlona miró hacia atrás por la mirilla y, guiñándole un ojo a su pasajero, le dijo:

—Tan rápido como un vapor inglés. Hasta podría apuntarme al Derby del Prater. Servidor de usted, caballero...

—Expectante, el hombre extendió la mano y Leopold, tal como habían acordado, le pagó el doble de la tarifa, incluso unas monedas más.

—Muchas gracias —respondió Leopold, y, acompañándose de un leve quejido, se incorporó en el asiento forrado de cuero. El trayecto infernal lo había dejado baldado—.

Ha ido usted condenadamente rápido. Puede estar contento de que no nos haya parado ningún guardia.

—Descuide, que con un policía en mi fiacre no nos detendrá ningún guripa —respondió el cochero. Cuando el conductor abrió la portezuela, una humedad fría con olor a hierba, estiércol de caballo y fango, típica de las tormentas otoñales vienesas, dio la bienvenida a Leo. El hedor le hizo pensar en una gran bestia en estado de descomposición.

Hacía horas que llovía, pero no tan fuerte como al principio. La intensa lluvia de octubre golpeaba el techo del carruaje y goteaba de los castaños como si fuera resina. Leo abrió la tapa de su Savonette de plata: el reloj de bolsillo indicaba que eran exactamente las doce y ocho minutos de la noche. Apenas habían tardado doce en llegar hasta allí desde la Jefatura de Policía en el Schottenring haciendo caso omiso de todas las normas de tráfico. Habían tenido suerte de que no se les hubiera cruzado ningún tranvía tirado por caballos o, peor aún, ninguno de esos nuevos automóviles conducidos por ricachones borrachos acompañados de sus amantes que Leo había visto circular por las calles de Viena.

Volvió brevemente la mirada por encima del hombro hacia la avenida que, trazando una franja negra, dividía el gran parque en dos mitades. El Prater era una extensa zona de recreo jalonada por los humedales del Danubio, pequeños grupos de bosques y arbustos; llegaba hasta el edificio del Lusthaus y el hipódromo de Freudenu, donde acudían a divertirse la nobleza y la burguesía. Justo detrás de los árboles, donde terminaba el también llamado Wurstelprater, la ciudad parecía refulgir. Las numerosas farolas de

gas envolvían los teatros de variedades, cafés, salas de espejos mágicos y puestos de puntería con una cálida luz amarillenta. Aquí, al noroeste del parque, era donde el pueblo llano venía a divertirse siempre de la misma manera. Incluso a esa hora tan avanzada salían de las cantinas risas, gritos y los acordes melancólicos pero a la vez cantarines del *schrammel*, el género musical tradicional vienés. Una guitarra desafinada, acompañada por un acordeón de botones típico de la región de Estiria, tocaba una vieja tonadilla:

*Ligera como el viento corre la sangre por mis venas,
solo soy un verdadero, un hijo de Viena...*

Sin darse cuenta, Leo se puso a tararear la melodía. Se colgó al hombro la raída bolsa de la cámara y un estuche con placas secas, tomó con una mano su descuadrado malletín de piel y se bajó del carruaje. Con un último chasquido del látigo, el cochero dio media vuelta y se dirigió hacia el lugar de donde venían la música, las luces y el bullicio, allí donde había vida.

En el bosque aguardaba la muerte.

—¡Eh, pollo! ¡A pasear a otro lado! —ordenó una voz desde la oscuridad. Una pequeña colina gris se recortaba en el horizonte, negro como la pez—. ¡Que te esfumes, he dicho! ¡Te lo ordena la policía!

Leo distinguió en la turbiedad de la lluvia a un guardia regordete y entrado en años, con el uniforme empapado, que se acercaba resollando. Portaba una linterna de gas con manguito incandescente cuyo haz centelleante también había iluminado antes la berlina. El hombre arrastra-

ba ligeramente la pierna derecha y a duras penas podía abrirse camino en la espesura.

—¡Zona acordonada! —lo reprendió—. ¿Lo has entendido, macarrilla? Si buscas a tus gallinas, ya han volado. Así que ¡media vuelta y aire!

—Lo he entendido perfectamente, no estoy sordo —aclaró Leopold, que volvió la solapa de su abrigo Chesterfield para mostrar la afamada insignia de la Policía de Viena, una escarapela negra y gris con el águila bicéfala de los Habsburgo en el centro—. Los dos estamos aquí para cumplir con nuestro deber, agente.

—Oh, disculpe, inspector... No sabía que... —dijo el policía cuadrándose inmediatamente—. Perdone, señor inspector, pero los compañeros de la Oficina de Seguridad de Viena ya han llegado.

—También me lo ha parecido —replicó Leopold—. Aquel destello no es precisamente un fuego de campamento —observó refiriéndose a luz parpadeante que apuntaba hacia ellos desde el pequeño bosque más allá de la colina—. ¿Ya han asegurado las huellas?

—¿Asegurar las huellas? —preguntó el guardia con cara de no entender nada. Leopold señaló los zapatos embarrados del agente.

—Bueno, veo que está andando por el lodo con sus botas reglamentarias y, a pesar de la débil luz de su linterna, las huellas que está dejando en el suelo son visibles. Por su profundidad podrían ser las de un varón, digamos, robusto, alguien como usted. También se puede deducir de ellas que cojea un poco. El largo arrastre del pie es claramente reconocible, ¿lo ve? Así que le vuelvo a preguntar: ¿ya han asegurado otras posibles huellas o su misión

es simplemente pisotear el suelo como un jabalí en un patatal?

—Va-vaya... Mil disculpas, inspector —tartamudeó el orondo agente.

—Eso ya lo ha dicho. Entonces, no hay huellas aseguradas. ¿Herida de guerra? —Leo señaló la pierna derecha atrofiada del hombre.

—¿De guerra...? Ah, sí, pero ¿cómo...?

—Por su forma de expresarse, muy castrense. Si calculo bien su edad, podría haber luchado en la batalla de Königgrätz. Y, sí, envíe a un par de hombres al Wurstelprater a interrogar a testigos, si es que no lo ha hecho todavía. Por el alboroto que he visto hace un momento junto al Calafati, parece que el caso ya está en boca de todos.

Sin decir nada más, Leo pasó por delante del desconcertado guardia y se acercó a la colina. Al lado había un pequeño lago cuya superficie brillaba con una textura aceitosa e incolora a la luz de otras linternas de gas, y en la orilla, varios hombres uniformados con el típico casco de hojalata y guerrera verde oscuro y tres agentes de civil. Dos de ellos llevaban abrigo y bombín, de cuyas alas goteaba el agua de la lluvia; el tercero, más joven, iba descubier-to. Estaba reclinado con la cabeza gacha junto a un sauce un poco alejado y emitía ruidos de arcadas. Todo el suelo de la zona estaba empapado y revuelto.

«Demasiado tarde para encontrar huellas —pensó Leo—. Un jabalí habría causado menos estropicio.»

Volvió a respirar profundamente y, cargando con el maletín y las dos bolsas de cuero, se dirigió con paso rápido hacia los dos hombres vestidos de civil que, junto con los vigilantes, rodeaban un cuerpo sin vida que yacía en la

orilla. Cuando Leo entró en el cono de luz, los hombres alzaron la vista sorprendidos.

—¿Qué carajo se le ha perdido aquí? —gruñó uno de ellos, un tipo calvo y robusto embutido en un abrigo de piel cuyos botones parecían estar a punto de salir disparados. A pesar de la lluvia, masticaba un cigarro apagado—. ¡Hala, esfúmeselo! Esto no es la Estación del Norte, si es lo que anda buscando.

—No busco ninguna estación ni soy ningún viajero perdido. Buenas noches, caballeros —saludó Leo levantando su elegante sombrero Homburg gris. A continuación, mostró su insignia y preguntó—: ¿Ya ha llegado el juez de instrucción de la Audiencia Regional?

El calvo entornó los ojos, siguió masticando el puro y examinó por un momento el distintivo.

—¿Quién diantre es usted? No lo he visto nunca en la Jefatura.

—Herzfeldt —se presentó Leo haciendo una leve reverencia—, Leopold von Herzfeldt, su nuevo compañero.

—Herzfeldt... Suena bastante judío. ¿Es usted semita?

Leo no respondió. El segundo hombre con bombín se unió a ellos. A diferencia de su corpulento colega, este era flaco. Lucía un bigote de morsa y la fina cabellera le colgaba en la frente como un alga mojada. El pesado y empapado abrigo de fieltro le tiraba de los hombros y en la oscuridad parecía un espantapájaros hecho jirones.

—Creo que sé quién es, Paul —dijo el segundo hombre—. El comisario Stukart habló de él en la sesión matinal de hace unos días, ¿te acuerdas? El tipo joven de Graz...

—Pues a mí me parece más un alemanote judío. No tiene acento estirio.

Los dos hablaban como si Leo no estuviera. Entonces, el recién llegado carraspeó.

—Me incorporo mañana —intervino formalmente—, pero hoy me he pasado por la Jefatura para, digamos, instalarme. Ha sido entonces cuando me he enterado del caso. Pensé que podría venir a echar una mano, espontáneamente...

—¿Espontáneamente? ¿En domingo? ¿Ha ido a la oficina en domingo sin estar de servicio? —El calvo gordo, que al parecer se llamaba Paul, se rio a carcajadas sin sacarse el cigarro de la boca. Las pobladas patillas difícilmente ocultaban la cicatriz que tenía en la mejilla derecha. Se volvió hacia su compañero flacucho—. ¿Qué te decía, Erich? Tiene que ser alemán. Un austríaco no hace esas cosas, y menos uno de Estiria.

—Y se ha traído hasta el equipaje. —El delgado sonrió con malicia y señaló el abultado maletín y las bolsas.

Leo también esbozó una leve sonrisa.

—Bueno, pues ya que estoy aquí, tal vez los caballeros puedan informarme brevemente de qué se trata —dijo, y señaló el cuerpo sin vida—. O más bien de quién se trata.

Miró por primera vez el cadáver que yacía en la orilla fangosa frente a él. Era una mujer joven y menuda cuya edad Leo situó entre veinte y veinticinco años. Tenía los rizos, de color rubio pálido, llenos de restos de hojas y barro; la blusa de lino que llevaba puesta, bajo la cual se adivinaba un pecho abundante, estaba desgarrada, y la falda manchada de sangre, levantada. En los muslos totalmente separados también había restos de sangre seca, al igual que en la blusa, la cara y por todas partes en realidad, pero en especial en el cuello, que era todo él un tajo. Alguien había degollado

a la joven, y lo había hecho con tanto empeño que la cabeza había quedado colgando a un lado y parecía que iba a desprenderse del cuerpo en cualquier momento.

Leo se fijó en un escarabajo negro con reflejos irisados que salía del pelo empapado por la lluvia y recorría el rostro de la mujer muerta. Tenía los ojos abiertos como platos, como si todavía no pudiera dar crédito a su prematura muerte, y los pies le llegaban hasta el agua. Se le había salido un zapato, que se mecía en la orilla como un barco de juguete.

A Leo volvió a venirle a la cabeza la canción que los músicos acababan de tocar en el Prater:

*Ligera como el viento corre la sangre por mis venas,
solo soy un verdadero, un hijo de Viena...*

Observó un charco en el que se acumulaba agua rojiza, parecía pintura diluida.

—Nos acaban de llamar de la comisaría de la Guardia de Seguridad del distrito segundo —informó el flaco, que se llamaba Erich y por lo visto era el más accesible de los dos inspectores de civil—. La pobre no llevaba papeles encima, pero eso ya se aclarará —dijo encogiéndose de hombros—. El juez de instrucción se retrasará un poquito. Es domingo y, ya se sabe, los buenos ciudadanos se sientan a la mesa a comer asado de carne en adobo y después se acuestan temprano. Y los no tan buenos se van al Prater... —Señaló el cadáver con un movimiento de cabeza.

Del otro lado de la colina llegaban los gritos de diversión de varias mujeres y la risa obscena de un hombre. El Calafati, como era conocida la estatua gigantesca de un personaje chino con carrusel, no estaba muy lejos de allí.

—Por desgracia, cada vez es más frecuente ver a jóvenes damiselas que se van a pasear al Prater —explicó el policía delgado—. El lago junto a la colina de Constantino es un destino popular entre las parejitas. Para mí que a ella le apetecía dar un paseo nocturno en barca con su maromo, pero él quiso algo más. Entonces ella gritó, el tipo entró en pánico...

—¿Y le rebanó el cuello como a un pollo? —Leo se puso en cuclillas sobre el barro y empezó a examinar visualmente el cadáver; creyó notar todavía el olor metálico de la sangre—. ¿Por qué no han asegurado ninguna huella?

—¡Demonios, cuando llegamos aquí ya estaba todo pisoteado! —gruñó el calvo corpulento del cigarro, que permanecía junto a su compañero delgado como una alubia verde. Uno al lado de otro, a Leo le recordaron dos figuras de los puestos de puntería del vecino Wurstelprater—. Primero han pasado por aquí los testigos que encontraron a la chica, después el amiguito de ella, después los vigilantes...

—¿Dónde están los testigos? ¿Los han interrogado por separado?

—Eran dos borrachos que habían subido a la colina a mear. Los acompañaba una ramera que, por lo visto, les sujetaba las colitas. Pero sí, estimado colega —dijo con retintín el gordo calvo—, los hemos interrogado a los tres por separado y los hemos llevado a las dependencias de la Theobaldgasse para examinarlos. Somos agentes de policía con una formación, igual que usted, ¿o acaso lo ha olvidado? Sabemos lo que hacemos. Y si encima se presenta sin avisar... ¡Oiga! Pero ¿qué hace?

Leo había dispuesto en el suelo el maletín de piel y las

dos bolsas. Los engrasados cierres del maletín se abrieron con un suave chasquido. En el interior había compartimentos de varios tamaños llenos de ampollas, latas, todo tipo de cajitas y utensilios, además de diez hojas de papel de escribir, pluma y lápiz, una lupa, un podómetro, cinta métrica, tres velas blancas de estearina y un crucifijo de plata.

Con movimientos entrenados, Leo sacó el podómetro, un costoso ingenio fabricado por encargo en Alemania. En silencio y con pasos precisos, recorrió el claro con el aparato de latón deteniéndose una y otra vez para tomar notas. Los dos agentes se quedaron tan asombrados que permanecieron en silencio durante un rato, y los guardias también contemplaron atónitos el espectáculo, como si estuvieran frente a un animal extraño en pleno ritual de apareamiento.

—¿Qué demonios está haciendo? —inquirió por fin el calvo.

—Estoy midiendo el escenario del crimen, buscando pistas y... ¡ah! ¿Le importaría iluminarme? Aquí, por favor. —Leo se volvió hacia uno de los guardias, que ahora sostenía su linterna cerca de un objeto situado junto a la orilla. Allí, enganchada en el lodo por la pisada de una bota, había una cinta de seda roja manchada de barro. Leo la recogió ayudándose de unas pinzas, la metió en el interior de un pliego hecho con una de las hojas y siguió examinando la zona en busca de más pistas.

—¿Han visto algún sombrero? —preguntó por fin a los presentes—. ¿Un sombrero de mujer?

—No había ningún sombrero —respondió el flaco Erich—. Lo hemos escudriñado todo, solo la cinta se nos habrá pasado por alto. ¿Por qué lo pregunta?

—Bueno, a veces puede ser más interesante lo que no se encuentra, ¿no creen? —Leo señaló con el dedo la escasa docena de hombres que permanecían en silencio formando un círculo a su alrededor—. Ustedes llevan sombrero, y con razón, porque está lloviendo. ¿Saldría una mujer a la calle con esta tormenta sin la cabeza cubierta? Yo creo que no. Llueve desde hace... —consultó brevemente su reloj de bolsillo—, dos horas, más o menos. Así que debió de salir de casa, sola o acompañada, antes de que empezara a llover. Sin embargo, el *rigor mortis* aún no se ha instalado, y para un paseo largo iba poco abrigada, sin ni siquiera una chaqueta, y eso que estamos en octubre. Por consiguiente, la muerte debió de producirse entre las nueve y las diez de la noche. Además, la víctima no viene de muy lejos, creo que del distrito segundo. Lleva ropa humilde, pero bien cuidada. Mmm... —Leo asintió pensativo—, una muchacha pobre, pero pulcra, que se acicala con un lazo rojo y sale de paseo a la colina de Constantino en el Prater. Sospecho que se trata de una criada. Para dar con la identidad del cuerpo deberíamos concentrarnos en el distrito segundo y, allí, en las sirvientas sobre las que conste alguna denuncia de desaparición. ¿Están ustedes de acuerdo, caballeros?

Nadie abrió la boca durante un buen rato, solo se oía el chapoteo de la lluvia y la música en la lejanía. Los guardias se habían quedado boquiabiertos tras escuchar las explicaciones de Leo.

Finalmente, el calvo dio un paso al frente. Tenía una vena roja e hinchada en la frente y movía con nerviosismo la cicatriz de la mejilla.

—¡Todo eso son conjeturas, don sabidillo! —bramó—.

Además, ¿cómo se le ocurre presentarse aquí con esas ínfulas? ¿Sabe el jefe superior Stehling que está usted aquí? Soy yo quien dirige la investigación, ¿está claro?

—Tranquilízate, Paul —intervino el flaco Erich agarrando del brazo a su grueso compañero—. Lo que dice suena como mínimo interesante. Deja hacer al alemanote, parece inofensivo.

El gordo Paul emitió un gruñido despectivo. Mientras, el tercer hombre vestido de civil se había unido a ellos. Era muy joven, aún más que Leo, y llamativamente pálido, con el pelo rubio trigüeño y un fino bigotillo que parecía dibujado a lápiz.

Avergonzado, se secó la boca con un pañuelo en el que todavía quedaban restos de vómito. Era probable que la visión del cadáver cubierto de sangre hubiera sido demasiado para el impresionable agente, pero por lo visto había escuchado con atención las explicaciones de Leo. A pesar de su estado enfermizo, parecía interesado, bastante más que los dos inspectores de civil más veteranos.

—¿Cree que podría echarme una mano? —preguntó Leo con voz tranquilizadora al joven.

—¡Deje a Andreas Jost tranquilo! —exclamó el gordo calvo que, al parecer, era el superior—. Es su primer cadáver. Me basta con que vomite en el claro, porque si lo hace sobre la víctima ya no quedarán huellas que asegurar. Además, tenemos que esperar a que llegue el juez de instrucción. ¡Son las normas!

—Cuando llegue, la lluvia ya habrá borrado todas las pistas —replicó Leo—. ¿Acaso quiere ser el responsable?

—Creo que tiene razón, Paul —dijo su magro compañero—. Deberíamos ponernos manos a la obra.

El inspector jefe masticó su cigarro y guardó un silencio testarudo. Mientras tanto, Jost se acercó a Leo y lo saludó con la cabeza.

—Ya... ya me encuentro mejor, discúlpeme. La morcilla de la cena no me ha debido de sentar bien. ¿Qué... qué desea que haga, exactamente?

—Necesito a alguien que levante acta. —Leo entregó lápiz y papel al joven colega—. Anote todo lo que le diga. —Se arrodilló junto al cadáver y comenzó a dictar sus observaciones—: Sexo femenino, de entre veinte y veinticinco años. El *rigor mortis* aún no se ha instalado. La garganta ha sido seccionada con un... —Se inclinó sobre la cabeza de la muerta— objeto afilado.

—O sea, con un cuchillo —intervino el delgado Erich con una sonrisa burlona—. ¿Con qué sino, lince?

—Corte limpio y sin rebabas —prosiguió impasible Leo, y cogió la cinta métrica—. El corte indica una hoja muy afilada, posiblemente una navaja de afeitar. La incisión mide... —Leo parpadeó—, 17,3 centímetros de longitud y es recta, por lo que, en mi opinión, se puede descartar un fragmento de vidrio, de una botella de vino, por ejemplo. Los forenses se encargarán de aclararlo. Con toda probabilidad, la víctima ha sido violada.

—¿Con toda probabilidad? —rio Paul, el calvo—. ¡Enhorabuena, estimado colega, excelente conclusión! Alguien se ha dado el gusto, y a lo grande.

—Apenas hay signos de lucha —prosiguió Leo mientras el joven Jost iba tomando notas con mano temblorosa—. Debe de haber sucedido todo muy rápido, lo que apunta a una familiaridad de la víctima con el autor del crimen. —Leo cogió las manos de la mujer y las observó

con atención—. Ningún mechón de pelo arrancado, ningún arañazo, solo... —titubeó y se volvió hacia uno de los guardias—. ¿Le importaría acercarse con la linterna?

A la luz parpadeante del manguito incandescente apreciaron unas manchas negras en la manga derecha de la blusa, como una pasta grasienta pegada. Sacó unas tijeras pequeñas del maletín y cortó el trozo de prenda manchado.

—Un tubo de ensayo del maletín, por favor —pidió dirigiéndose a su nuevo ayudante que, después de rebuscar un poco, le entregó la probeta.

—¿Qué... qué es eso? —preguntó el joven.

—Lo averiguaremos, espero. —Leo olfateó la pasta. Olía como el alquitrán, pero más fuerte—. Definitivamente, deberíamos examinarlo con más detenimiento bajo el microscopio. Tal vez nos dé una pista del asesino o quizá solo sea suciedad. Hay que analizar cualquier rastro. —Introdujo el jirón mugriento en el frasco y lo encorchó—. Por favor, llévelo a la Jefatura. Me imagino que tendrán un microscopio allí, ¿no?

—¿Ha acabado la actuación? —interrumpió el calvo—. Creo que ya he visto suficiente...

—Una cosa más, inspector jefe. —Leo se levantó y se dirigió hacia la bolsa de cuero que había dejado allí—. Supongo que los compañeros no habrán traído ninguna cámara, ¿verdad?

—¿Una cámara fotográfica? ¿Bromea? —dijo el flaco Erich riendo solapadamente—. ¿Dónde cree que está? ¿En la Exposición Mundial de Chicago?

—La cámara para detectives Universal de Goldmann es una maravilla de la tecnología —replicó ignorando las burlas de su compañero mientras hurgaba en el interior de

la bolsa—. Una de las cámaras más avanzadas del sector, hasta tiene objetivo gran angular.

Leo sacó un objeto negro y anguloso del tamaño de un molinillo de café. Con un movimiento experto, levantó un pestillo y un fuelle de tela se desplegó a la manera de un acordeón.

—Por supuesto, también hay modelos más manejables, como la Krügener —explicó—, pero, a mi parecer, el formato de la Krügener es demasiado pequeño. La Jefatura de Policía de Viena debería plantearse seriamente la compra de algunas cámaras Goldmann. En París y Londres están más avanzados. El problema es, como siempre, la luz. Pero he ideado un apaño para salir del paso...

Leo les mostró una vela en cuya punta superior había un tubito de hojalata enrollado y unido en un extremo a una manguera de caucho conectada a una pera infladora del tamaño de un puño. El extraño artilugio recordaba un poco a una pequeña bocina de latón. Con sumo cuidado, extrajo una cucharada de polvo blanco de una lata, lo vertió por el tubito y encendió la vela. Luego entregó el curioso dispositivo a Jost.

—Cuando dé la orden, apriete la pera y cierre los ojos si no quiere quedarse ciego. ¿Preparado? Uno, dos y ¡tres!

Jost apretó la pera infladora y la mezcla elaborada por el propio Leo, compuesta de polvo de magnesio, clorato de potasio y antimonio de azufre, salió expelida hacia la llama de la vela y formó una nube blanca que explotó causando un fuerte estallido. Por un brevísimo instante se hizo de día junto a la orilla del lago. El cadáver y los hombres que lo rodeaban parecieron por un momento como congelados en el tiempo, y el contorno negro de la colina de Cons-

tantino se recortó detrás de ellos. En ese preciso instante, Leo pulsó el botón de su cámara.

Sonó un clic.

—Listo —dijo, y cambió la placa seca con un gesto rutinario—. Hasta un niño podría hacer fotografías con esta cámara. Lo llaman fotografía *amateur* y es el último grito en Estados Unidos. Impresionante, ¿verdad?

—¡Demonios! ¿Quiere hacernos saltar por los aires? —gritó Paul, el calvo—. Hasta aquí hemos llegado con sus juegucitos de moda. ¡Usted, alemanote, desaparezca antes de que ordene a los guardias que se lo lleven! En Nueva York o París puede hacer tantos trucos de magia ridículos como le plazca, pero no aquí, en Viena. ¡Eh! ¿Me está escuchando?

Leo no solo no escuchaba, sino que tenía la mirada clavada en el cadáver. Con el resplandor de la luz acababa de percibir algo que se había escapado a su ojo atento, quizá también porque había evitado mirar más de cerca.

Entre los muslos ensangrentados de la víctima había metida una... cosa.

Alguien había introducido a tanta profundidad esa cosa en la vagina de la muerta que solamente sobresalía una pequeña parte.

—Por el amor de Dios... —murmuró Leo. Se puso los guantes de cuero y tiró con cuidado del objeto alargado, que fue saliendo de la vagina de la víctima como una espada de su vaina.

Cuando Leo acercó al fin aquella cosa a la luz, los hombres retrocedieron instintivamente y jadearon. Algunos guardias se santiguaron y uno de ellos lanzó una breve plegaria al cielo nocturno cubierto por la lluvia.

—¡Dios mío..., qué asco! —gimió el inspector flaco—. ¿Qué ser endemoniado puede hacer algo así?

—No ha sido ningún demonio, sino una persona —dijo Leo en voz baja—. No olvidemos que este tipo de cosas solo las hace el ser humano.

El objeto era una estaca afilada, que Leo sostenía con cuidado con las puntas de los dedos. Tenía unos treinta centímetros de longitud y estaba hecha de madera dura. La sangre la había oscurecido, pero todavía podían distinguirse unas letras talladas.

—*Domine, salva me* —leyó Leo en voz alta—. Sálvame, Señor —tradujo. Se volvió entonces hacia el hombre calvo del cigarro que, a diferencia de lo que sucedía antes, ahora parecía más tranquilo—. Quizá deberíamos asegurar algunos indicios más —le dijo—, incluso sin la presencia del juez de instrucción. ¿Qué opina? —Le entregó al compañero la estaca afilada y ensangrentada, en cuya superficie había pegados algunos pelos negros y rizados—. Pero, por supuesto, usted está al mando, inspector jefe.